

Mario Monteforte Toledo

BOLIVIA CHILE Y PERU TRES MODELOS DE REVOLUCION

Una visión puramente geográfica y geométrica afirmó la creencia de que existía en este hemisferio un Cono Sur integrado por el Uruguay, Argentina y Chile. El resto de los latinoamericanos, convulsionados por guerras, luchas intestinas y grandes desigualdades sociales y económicas, aceptaban a aquella zona como prototipo de un desarrollo democrático.

Desde la segunda guerra mundial, por lo menos, esa imagen de un mundo blanco, institucional y homogéneo se fue borrando. Dramáticamente, hoy la Argentina se parece más al Brasil gorila y a las rutinarias dictaduras antillanas que a Chile, donde continúa el avance democrático hasta el extremo de que los marxistas ganan una elección nacional mientras los militares permanecen con alta dignidad en sus cuarteles; el Uruguay, con su desquiciamiento económico y su violencia cotidiana, es más semejante a Guatemala que a ninguno de sus viejos pares.

Emerge ahora un nuevo Cono Sur, más irregular en su forma, pero más parejo en la evolución histórica que lo lleva al socialismo. Lo integran Bolivia, Chile y Perú, países con estructuras y trayectorias no comparables entre sí. A esta subregional, aparecida casi repentinamente en el panorama de la América Latina, se han desplazado las inquietudes constructivas y el clima revolucionario que tipificaron a la región antillana y centroamericana hace veinte años.

La revolución cubana ya nunca dejará de ser ejemplo de una posibilidad específica en el hemisferio, y constituye un antecedente político de las tendencias en el nuevo Cono Sur; pero su fuerza inductiva ya pasó. Se tradujo fundamentalmente en acciones guerrilleras, esperanzadas por un triunfo fácil y próximo. Los saldos de esos movimientos han entrado en el tremedal de la guerra prolongada, sin alternativas —nos parece— de convertirse en guerra popular o de tomar el poder. El gobierno cubano, por otra parte, se concentra en la reconstrucción económica, consciente de que de su éxito depende el de la revolución entera. En esta fase, Cuba ya no es paradigma para el resto de Latinoamérica, donde falta un poder socialista para realizar la planificación socialista.

La fuerza inductiva del nuevo Cono Sur no es de tipo militar sino eminentemente político, desde el punto de vista cualitativo mucho más avanzada que la de las revoluciones pequeñoburguesas del epicentro mesoamericano durante la posguerra. Se trata, en verdad, de dos fases distintas de un mismo proceso de liberación nacional, del que participan no sólo los países latinoamericanos sino casi todos los países del Tercer Mundo. Ese progreso cualitativo deriva de las condiciones históricas propias de cada periodo.

Características de la etapa 1944-1954

Desencadenábase entonces la guerra fría, con una importante contradicción en la política norteamericana: promover la moderni-

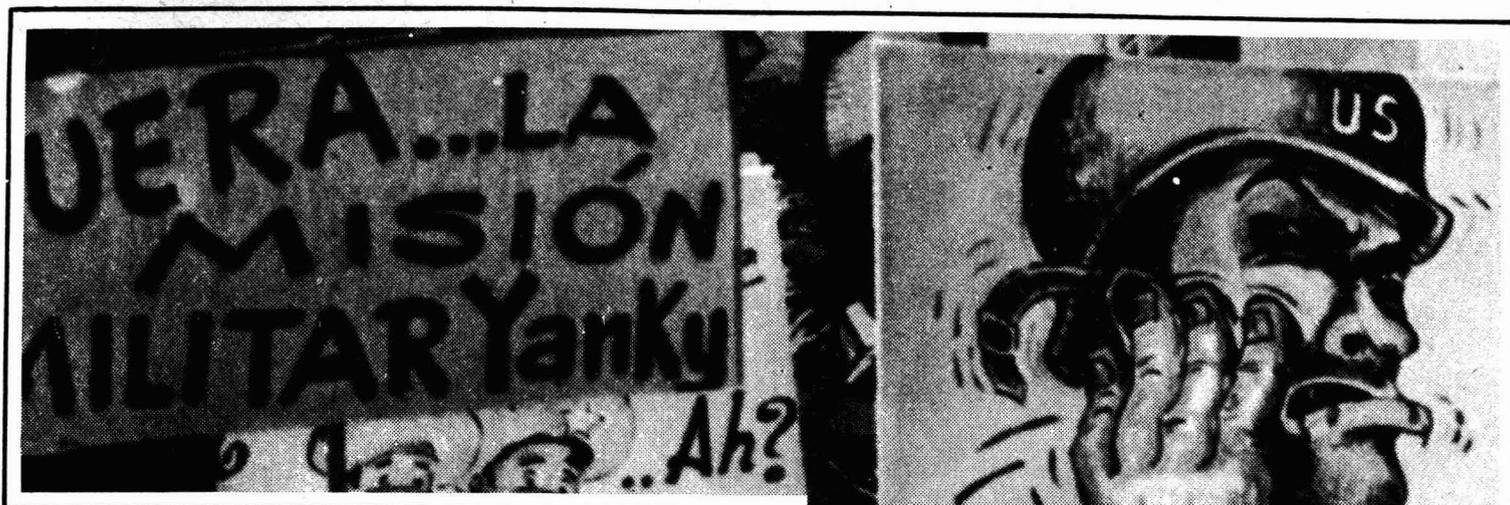
zación de los países de Latinoamérica e impedir que la controlaran los sectores marxistas o “demasiado” nacionalistas. Dentro de este marco surgieron y actuaron los movimientos pequeñoburgueses de Venezuela y Centroamérica, cuyos programas no se apartaban gran cosa del reformismo liberal del siglo pasado y en el fondo lo continuaban en el orden económico. El “cepalismo” de aquellos años introdujo como elemento dinámico la economía dirigida; pero a semejanza del keynesianismo en el decenio 1930-40, no trataba de superar el capitalismo sino de fortalecerlo a través de una típica maniobra de modernización.

Las revoluciones pequeñoburguesas de la década 1944-54 formaban parte del movimiento mundial de descolonización; pero aún no se configuraba el Tercer Mundo como factor de apoyo internacional y sus tendencias eran rechazadas por los sectores marxistas con igual determinación que el imperialismo. Los países en trance de cambio ni siquiera pudieron beneficiarse de la pugna entre la URSS y los Estados Unidos o de las contradicciones interimperialistas o intercapitalistas para optar por la no alienación, porque dentro de la estrategia de la guerra fría, los norteamericanos los ataron militarmente por el pacto de Río (1948) y los aislaron dentro de la región antillana como coto privado y bajo su exclusiva dependencia.

Existía en esos países un proletariado urbano numérico e ideológicamente primario, que poco logró radicalizar los programas de cambio; el movimiento obrero llegó a la vida democrática mediatizado al poder y de él obtuvo menos conquistas que dádivas. Los partidos de izquierda eran multiclassistas, dominados por intelectuales pequeñoburgueses y carecían de experiencia, pues empezaron a formarse y a actuar hasta que cayeron las dictaduras militares que habían abolido la participación política independiente durante muchos años.

Embotados por el quietismo, faltos de iniciativa y de espíritu de empresa, los sectores burgueses aspiraban a la libertad política sin cambios de estructura; esta limitación les impidió cobrar una conciencia nacionalista o siquiera “desarrollista”, y los hizo aliarse a la oligarquía agropecuaria y al imperialismo. Igual renuencia al progreso mostraban la iglesia católica, que de buena o de mala fe confundió el progreso con el comunismo, y la masa campesina (pequeños propietarios), que en los intentos de politización veía una amenaza contra la rutina de su vida y una secuencia de la manipulación de que siempre había sido víctima.

Por último, los grupos jóvenes del ejército fueron el brazo armado de las revoluciones y desplazaron a los viejos mandos para siempre; mas se resistieron a adquirir los niveles de politización —ya no se diga de radicalización— de los órganos de partidistas y sindicales; impidieron todos los cambios estructurales y a la postre, como agencia de la derecha y de los Estados Unidos, fueron el instrumento decisivo para frustrar las revoluciones pequeñoburguesas.



Características de la etapa 1960-1970

La coexistencia entre la URSS y los Estados Unidos a pesar de los conflictos locales, reemplaza a la guerra fría. La revolución china y sobre todo la cubana, en la contradicción intermarxista, constituyen factores inmediatos de radicalización. La movilización política abarca al proletariado urbano y al rural que emergen de las empresas capitalistas promovidas por el "desarrollismo". Nadie trata ya de rescatar la línea liberal; a las izquierdas se suman la fracción socialcristiana y el clero progresista en demanda del socialismo. El signo del Tercer Mundo se pluraliza y se concreta en torno a la liberación nacional, ahora ya admitida como necesidad histórica por los marxistas. El "desarrollismo" y la integración como su marco multinacional fracasan, porque al determinar el enriquecimiento de minorías y la penetración del capital norteamericano, profundizan la brecha respecto a las mayorías desposeídas, y la dependencia, y no modifican sustancialmente, ninguna de las estructuras tradicionales. Los Estados Unidos sofistican los métodos de dominación a fin de evitar el desarrollo autónomo, una vez se hizo patente la inoperancia de la ALPRO y del programa del capitalismo asociado. Las fuerzas armadas se convierten en muy eficaces agencias del imperialismo y del *statu quo* y se tecnifican mejor que ningún otro grupo social, como consecuencia de su confrontación con las guerrillas. Se instituye el cuartelazo preventivo, la represión y el manejo fraudulento de los escrutinios para impedir que la izquierda tome el poder por la vía electoral. Roto el orden de la democracia burguesa, parte de los descontentos toma el camino de la violencia y la mayoría, el de la abstención política.

Saldo de la violencia

Los grupos armados sostienen una confrontación por completo desfavorable con los ejércitos y tras su heroica lucha, parecen concentrarse en un propósito de sobrevivir. La repetición esquemática de la revolución cubana en medios, con elementos y en condiciones políticas locales e internacionales muy distintas a las de 1959, los llevaron a cometer toda suerte de errores tácticos y estratégicos. Las derrotas y el "izquierdismo" generaron entre los guerrilleros fraccionalismos y discusiones teóricas que hicieron cada vez más incomprensibles sus metas precisamente a los estratos sociales para quienes estaban luchando.

Es posible que las guerrillas continúen en varios países latinoamericanos, porque sus causas subsisten, y a las veces empeoran. Mas su perspectiva ya no es la toma inmediata del poder sino la ampliación del frente antimperialista y la aceleración de las contradicciones históricas que minan al capitalismo.

Es evidente, sin embargo, que la acción armada de la izquierda ha desempeñado una tarea en otros aspectos positiva. Al plantear



como única alternativa para los países subdesarrollados la verdadera independencia y el socialismo, ha contribuido a desacreditar la actitud oportunista y la debilidad ideológica de la mayoría de los sectores de la izquierda, que desde el hundimiento de las revoluciones pequeñoburguesas tratan de ganar el poder con la venia de las fuerzas armadas y de los norteamericanos. A su posición extrema se debe, sin duda, que grupos responsables de la izquierda hayan llegado a la conclusión de que los países subdesarrollados tienen cerrada la vía del capitalismo y de sus remozamientos para dejar de serlo.

Por otra parte, así como muchos liberales jacobinos fueron educados por los curas, algunos de los jefes militares guerrilleros fueron preparados por los norteamericanos como "antinsurgentes". Enfrentados con los guerrilleros, en contacto directo con los medios rurales, los jefes de las fuerzas armadas descubrieron la legitimidad de las causas sociales y económicas de la violencia, y el rol que ellos venían desempeñando al servicio de los beneficiarios de la explotación y de la servidumbre de sus naciones. A resultados semejantes, aunque por cuantificaciones provenientes de la inseguridad y del reparto inequitativo de las ganancias entre el capital nacional y la metrópoli extranjera, han llegado muchos grupos empresariales.

Todo ello ha valorizado la opción de las revoluciones nacionales por la vía pacífica, y la posibilidad de que la emprendan aún los

que no son marxistas. Nadie que participe en semejante viraje puede llamarse a error: la aceleración de los estadios democráticos en estos países quema etapas y se dirige inevitablemente al socialismo.

Condiciones para la revolución en el nuevo Cono Sur

Por una serie de circunstancias, las condiciones para el viraje se dan ahora en el nuevo Cono Sur, y no en cualquiera otra parte de la América Latina. Las principales son: la falta de interés directo de los Estados Unidos para impedir aquellos procesos revolucionarios, el agotamiento de las opciones capitalistas y burguesas, y la decisión de las fuerzas armadas de no oponerse a la revolución (en el Perú son precisamente esas fuerzas las que realizan el cambio).

A juzgar por muchos elementos, la política norteamericana respecto a Latinoamérica ha variado sustancialmente desde que Nixon asumió la presidencia. Latinoamérica parece ahora dividida para los intereses de la metrópoli en cuatro sectores:

1. México, Venezuela, Brasil y Argentina, en donde el imperio busca la consolidación de su dominio por razones puramente económicas.

2. Cuba, respecto a la cual aumenta la tolerancia norteamericana a medida que la revolución deja de ser foco de las guerrillas en Tierra Firme y se acerca a la línea internacional de la URSS.

3. Mesoamérica y el resto de las Antillas, donde el imperio está resuelto a mantener una férula total por razones puramente militares. Y

4. El resto de la América Latina, donde las razones para conservar las viejas maneras del dominio no son decisivas ni desde el punto de vista militar ni desde el punto de vista económico. Acaso haya que introducir un matiz en lo referente a este último sector: deriva del plan de actuar dentro de las subregionales, y en este caso los norteamericanos tratarán de influir en el Pacto Andino a través de Colombia, y de la aparición de recursos naturales tan cuantiosos que cobren significación económica, y en este caso los Estados Unidos harán presa del Ecuador.

Por diferentes caminos, unos más largos que otros, los tres países del nuevo Cono Sur han llegado al irremediable agotamiento de las opciones capitalistas y burguesas sin haber resuelto ninguno de los problemas básicos del subdesarrollo. Como núcleo social articulado y agresivo, como sector de poder y como agencia eficaz del imperialismo, ya no existe la clase capaz de sostener —y mucho menos de remozar— el viejo sistema. Los recursos necesarios para el progreso integral tienen que salir en su mayor parte del interior, lo cual implica sacrificios que la burguesía nunca ha hecho en parte alguna del mundo. Las grandes mayorías explotadas jamás se movilizarían como fuerzas políticas o laborales para eternizar un régimen que siempre las ha victimado. Todos los reformismos hasta



aquí ensayados y los que en el futuro podrían ensayarse son incapaces para cambiar las estructuras tradicionales, democratizar el ejercicio del poder o redistribuir con equidad la riqueza y la renta. El salto cualitativo, en resumen, es inevitablemente una perspectiva futura, no una regurgitación ni un salvamento del pasado.

Las fuerzas armadas de la región no tienen el menor interés clasista o profesional de mantener el *statu quo*, porque han comprobado que el precio es la violencia y una tensión continua que debilita la economía y pone en riesgo a todos los sectores de poder. Por otra parte, se han persuadido de que las fuerzas populares sólo se proponen destruirlas cuando las identifican con los explotadores, pero no cuando se adhieren al orden revolucionario o lo respetan.

El modelo boliviano

En Bolivia ya hubo una revolución nacionalista, que empezó hace casi veinte años. Esa revolución repartió la tierra entre los campesinos, estatizó las grandes minas y el petróleo, politizó y organizó a las masas e inició la industrialización. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido autor de esa transformación desde el poder, se burocratizó y sesgó hacia el reformismo y el desarrollismo, plegándose a los intereses norteamericanos. Pero su obra

fundamental es irreversible. Ni siquiera el populismo que inició el general Barrientos tiene viabilidad en el país, porque no puede apoyarse sobre una conciliación de clases que sería imposible improvisar —no se inventa una burguesía, como tampoco se inventa un proletariado— ni en un equilibrio entre los militares y los trabajadores; éstos tienen más conquistas por conservar que por obtener y algunos de sus sectores, como el minero y el obrero industrial, alcanzan un grado de radicalización superior al de cualquier proletariado americano —excepto el de Cuba. Para la base social boliviana hasta el populismo significaría un retroceso.

La burguesía de Bolivia está representada por un poderoso grupo de empresarios agroindustriales de Santa Cruz, que por su aislamiento regional y la índole capitalista y exportadora de su negocio se encuentran, paradójicamente, marginados de la estructura de poder económico y político nacional. Existe también una minería media con remanentes de infiltración norteamericana, el comercio grande —a escala nacional—, las empresas constructoras y una raquíta industria, que podrían sumar elementos a la clase burguesa. Pero la gran fuerza económica y social de la nación se encarna en las empresas estatales, las masas organizadas, la Universidad —que en Bolivia constituye uno de los factores políticos revolucionarios más dinámicos— y el campesinado propietario o comunero.

El modelo de la revolución boliviana es, por ello, el de la toma del poder por los representantes mineros, obreros, campesinos y estudiantiles, con la instauración rápida del socialismo. El gobierno militar, a través de su ala radical, se sostiene en la medida en que cede a este impulso. Un cuartelazo de su ala derechista —en todo caso menos reaccionaria que los tradicionales ejércitos latinoamericanos— carece de posibilidades de durar, y de fuerza para imponer un retroceso sociopolítico que sirviera de base a no importa qué solución capitalista.

Este esquema, por lo demás, deja fuera a los viejos partidos —inclusive al MNR y al PC—. Se vislumbra una especie de alianza socialista que tendría, es verdad, cuando menos dos graves problemas a resolver: la unidad política y la programación económica. Bolivia depende excesivamente de su estaño para la obtención de divisas, y requiere cuantiosos recursos y técnica para multiplicar sus fuentes de producción.

En resumen, podría decirse que el modelo de la revolución boliviana tiene la fuerza de su movilización social y de su radicalización política, y la debilidad de su perspectiva económica.

El modelo chileno

En Chile, la democracia burguesa se ha ejercido casi sin interrupción desde hace casi un siglo. El respeto a la vida institucional es la más importante de las tradiciones del país, y la causa de dos



manifestaciones contradictorias entre sí: de un lado, la libertad política y la tendencia progresista de casi todos los partidos —incluyendo a los de derecha, comparándolos con sus congéneres latinoamericanas—, y del otro, la consolidación de las estructuras de la propiedad y del poder económico en general.

A pesar de los escasos recursos naturales y de la lucha de los partidos de izquierda, se fue produciendo concentración de la riqueza en manos de la burguesía nacional y una dependencia cada vez mayor del país hacia los Estados Unidos, a través del control de las minas de cobre. La clase dominante ensayó diversas modalidades del reformismo, hasta la llamada “revolución en libertad”, núcleo programático de la Democracia Cristiana. Fue la experiencia de este partido en el poder el golpe de gracia a las soluciones capitalistas, y la prueba de que por medio de ellas ya no podía remediarse la crisis profunda que imposibilita a Chile para salir del subdesarrollo y la dependencia.

Decepcionados y radicalizados, las masas y buena parte de los sectores medios dieron el triunfo electoral a los partidos marxistas, conglomerados en una Unidad Popular. Numéricamente, este contingente no constituyó una mayoría ciudadana; pero bastó para que por primera vez en el mundo ocurriera el cambio del sistema capitalista al que inicia el socialismo, sin violencia.

Los marxistas ya habían figurado antes dos veces en gobiernos ganados por elecciones: una hacia 1938, con el Frente Popular que

llevó a la presidencia a don Pedro Aguirre Cerda, y otra en 1946, dentro de una alianza izquierdista en torno a Gabriel González Videla. Mas el primer Frente Popular no se propuso la instauración del socialismo, y el segundo tampoco: al contrario, fue traicionado por González Videla, quien se entregó totalmente a la burguesía y a la política anticomunista de los Estados Unidos.

El modelo chileno es el de una revolución socialista dentro de las estructuras políticas heredadas y aún controladas por la democracia burguesa. En tanto no se produzca una confrontación electoral que dé a las fuerzas del gobierno el control del poder legislativo, en éste predominará una mayoría democristiana fortalecida por los votos de la derecha, y por lo tanto, el avance socialista tendrá los límites que le ponga la burguesía progresista.

Del éxito que obtenga el gobierno de Allende en la solución de la crisis nacional depende que sus partidos sean reelectos. Su fracaso provocaría sin duda el regreso de la Democracia Cristiana al poder, planteando un caso único en la historia: la reversión del programa socialista al programa capitalista. Es dudoso, sin embargo, que aun en esta eventualidad fuesen reversibles algunas de las reformas que ya acometen los marxistas desde el gobierno, incluyendo el reparto agrario, la estatización de la banca y la estatización del cobre.

El modelo peruano

El caso del Perú escapa a todos los esquemas conocidos y a las definiciones simplistas. La revolución fue emprendida en 1968 por la institución armada, con un programa "ni capitalista ni comunista". Algunos de los cambios son francamente revolucionarios, como la ley agraria que da la propiedad de la tierra a los trabajadores y el control de la empresa a sus cooperativas en autogestión; la estatización de parte considerable del petróleo y de la minería; la estatización de las industrias básicas, la banca y la comercialización de los productos minerales y pesqueros.

Otras medidas son reformistas, como la creación de la comunidad industrial, el otorgamiento de la mitad del capital de las empresas manufactureras y pesqueras a los trabajadores a través de la absorción gradual de las acciones, y el control sobre la inversión extranjera por medio de un sistema de reversión gradual de sus capitales al Estado.

El modelo de la revolución peruana, pues, equivale a un sistema que amalgama la liberación nacional, el capitalismo moderno y cierto número de bases fundamentales para el desarrollo socialista. De ninguna manera resulta un sistema burgués; pero tampoco un sistema marxista.

Los militares que gobiernan al Perú sufren contradicciones internas, hasta ahora resueltas a favor del grupo más avanzado. De que éste domine totalmente los centros clave de decisión depende

la orientación definitiva del movimiento revolucionario. Pero no sólo de esto, sino de la efectividad que se otorgue a la participación social y política, casi inexistente, hasta el momento en que se escriben estas líneas.

La movilización sociopolítica no es fácil en el Perú. El único partido de amplitud nacional sigue siendo el APRA, a pesar de su visible decadencia; la libertad política le permitiría una acción contrarrevolucionaria a través de los sectores medios y de los sindicatos obreros que le quedan, especialmente en la zona del norte, donde ya los complejos agroindustriales fueron entregados a los obreros. El Partido Comunista apenas comienza a organizarse a escala nacional y su federación de sindicatos acaba de obtener registro; respalda totalmente al gobierno, pero aún no está en condiciones de neutralizar y menos de remover al APRA de todas las fuertes posiciones que le quedan. El resto de la izquierda tiene que emerger de su atomización y organizarse en partidos, sindicatos o alianzas de algún nuevo tipo; procede de los núcleos guerrilleros del Movimiento Izquierdista Revolucionario, del Ejército de Liberación Nacional, del trotskismo, y sólo tiene experiencia subversiva y clandestina. En su gran mayoría los jefes de esos movimientos, no ha mucho liberados por el gobierno, simpatizan con el régimen y están dispuestos a jefaturar una movilización autónoma de masas; falta ver si saben plantear con claridad programas revolucionarios, hasta dónde los seguirá la clase trabajadora —bastante inerte y mal politizada— y hasta dónde los militares, que proyectan continuar al frente del gobierno, comparten el poder con los civiles y suscriben las metas socialistas que les proponga la izquierda revolucionaria. Hay, evidentemente, una cuestión abierta —entre otras—: cómo se resolverá la contradicción entre un grupo que como el militar funciona dentro de la jerarquía —mando y obediencia—, y los sectores populares y políticos, cuya efectividad emana de la libre participación democrática.

Es difícil hacer predicciones sobre los procesos sociopolíticos. Valga la única que en vista de los factores en juego, parece racional: la revolución boliviana será la más acelerada y azarosa, la chilena la más lenta y firme, y la peruana la más heterodoxa e imaginativa dentro del conjunto de experiencias socialistas que hasta ahora se conocen.

